do, y hay, y ha de haber en todos los árboles y yerbas del mundo. Tantos cuantos fueran los átomos bastantes para llenar y matizar toda la esfera del cielo estrellado. Tantos, finalmente, como pudieran contarse con los guarismos que llenaran todo el papel que cabe en la misma esfera. Y despues de todos estos números que parecen sin número de años pasados, han de comenzar los tormentos como si fuera el primer dia, porque aun desde entónces la eternidad se queda eternidad; y esto sin algun alivio ni interrupcion; porque estos tormentos ni se envejecen con el tiempo, ni se facilitan con la costumbre, ni se minoran con el uso. ¿Quién, pues, podrá sufrir por tan eterna duracion tan inmutable continuacion de tan horribles males?

De todo lo dicho, se concluye con evidencia, que el condenarse un hombre al infierno, es cosa tan espantosa, tan estupenda, tan horrible y tan formidable, que aunque de todos los hombres fuera uno solo el que se hubiese de condenar, todos habiamos de estar temblando; pues siendo tantos los hombres que se condenan, que como dice el Sabio: el número de los necios, cuales son los réprobos, es infinito; y habiéndonos dejado escrito en su Evangelio Cristo verdad eterna, que el camino de la vida es estrecho, y son pocos los que encuentran con él; y que son muchos los llamados, y pocos los escogidos; y que el número de los predestinados es muy pequeño, comparado con la grande multitud de los réprobos; y viviendo todos como vivimos, entre innumerables riesgos y peligros de condenarnos, ¿cómo no tememos? ¿Cómo no estamos temblando de dia y de noche? ¿Cómo no nos sobresalta continuamente el cuidado de la suerte que hemos de tener? Dios por su misericordia nos abra los ojos, y hiera el corazon con su santo temor. Acabar pidiéndole esto mismo. *Pater noster etc.*

EJERCICIO SETIMO.

DE LA GLORIA.

La oracion preparatoria, la acostumbrada. La composicion de lugar, será poner á los ojos la grandeza, hermosura y excelencia de la Jerusalen celestial, la cual tiene su asiento sobre todos los cielos. La peticion será, suplicar á nuestro Señor me dé ojos de fé muy esclarecidos para contemplarla.

PRIMER PUNTO, será considerar la excelencia del cielo empíreo, que es el sitio y lugar que destinó Dios para la gloria de sus escogidos: llámase en las escrituras tierra de vivos; de donde se colige, que esta tierra nuestra, es tierra de muertos. Extenderé los ojos por todo este mundo visible: veré la grandeza de los cielos, la claridad del sol, la luna y las estrellas: veré la hermosura de la tierra, de los árboles y de todos los animales: veré la llanura de los campos, la altura de los montes, el verdor de los valles, la frescura de las fuentes, la gracia de los rios repartidos como venas por todo el cuerpo de la tierra; y sobre todo, la anchura de los mares, poblados de tantas diversidades y maravillas: ve-

ré los prados entretejidos de rosas y de flores, como el cielo estrellado en una noche serena: veré los rubíes, esmeraldas, diamantes y otras piedras preciosas, que parecen competir con las estrellas en claridad y hermosura: veré mil primores del arte, dibujos perfectos, jardines bien ordenados, edificios magníficos vestidos de oro y mármol: despues de visto todo esto, haré esta reflexion: si esto hay en la tierra de los muertos, ¿qué no habrá en la tierra de los vivos? ¡Oh cielo! inefables son tus deleites. ¡Oh cuán amables son tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi alma los desea, y desfallece con vivas ansias, pensando en estos palacios de mi Señor. ¡Oh cuándo tendré de morar en ellos gozando de su hermosura! ¡Cerraos, ojos mios, y no mireis lo que hay en la tierra, porque todo es vileza respecto de lo que vereis en la gloria. Exclamad con mi Padre San Ignacio: ¡Oh qué fea me parece la tierra cuando miro al cielo!

Consideraré la compañía que allí espero tener; serán innumerables ciudadanos, todos nobilísimos, riquísimos, hermosísimos, dotados de todas las prendas de amabilidad: todos unidos entre sí, todos se aman con un amor ardentísimo en Dios, con suma conformidad de voluntades, sin pleitos, ambiciones, ni envidia; el bien de uno, es bien de todos; el bien de todos, es bien de cada uno. Aquí hablaré conmigo: ¡oh alma mia! si te agrada tan dulce compañía, procura desde luego imitar las virtudes que ves en ella; sigue su obediencia, cumpliendo la voluntad de Dios en la tierra, como ellos la cumplen en el cielo; imita su caridad y union, amando á tus prójimos y teniendo paz con ellos; gózate del bien de todos, y con esto imitarás en la vida á quien deseas imitar en la gloria. Para lograr estos frutos, clamaré: oh santos bienaventurados, que os visteis en los peligros que yo me veo, y gozais ya de la quietud que yo deseo, ayudadme para que imite vuestras virtudes y llegue á tener parte en vuestra corona por todos los siglos. Amen.

SEGUNDO PUNTO, será considerar la gloria de los sentidos. De la vista: ¿qué será ver la humanidad sacratísima de Cristo Señor Nuestro, y sus resplandecientes llagas, despidiendo cinco caudalosos rios de dulcísima luz; la cara del Criador; la hermosura de María Santísima? ¿Qué será ver la hermosura de aquella ciudad; la gloria de aquellos ciudadanos; la gracia de aquellos edificios; la riqueza de aquellos palacios; los órdenes de aquellos celestiales espíritus: aquellos campos de hermosura; aquellas fuentes de vida; aquellos pastos abundantes sobre los montes de Israél? ¡Oh amable cielo, lugar de todo bien, sin mezcla de algun mal!

Del oído: ¿qué será oír aquellas voces angélicas, aquellas músicas acordes, no de cuatro voces, como las de acá, sino es de tantas diferencias, como es el número de los escogidos? Estarán oyendo continuamente aquel cántico dulcísimo: Santo, Santo, Santo. Con la música de un pajarillo solo, tuvo Dios suspenso á un monge por espacio de trescientos años, ¿qué suspensos estarán todos con aquellas divinas canciones?

Del olfato: se recreará con olores suavísimos,

que saldrán de los cuerpos glorificados. El gusto tendrá hartura sin fastidio, comunicándole Dios, sin manjares, la mas delicada suavidad. El sentido del tacto estará lleno de deleites puros, y cada uno estará anegado en el mar inmenso de los gozos de su Señor.

Aquí prorrumpiré en varias exclamaciones: ¡Oh cuerpo mio, anímate á padecer por Cristo, para que logren tus sentidos el gozo que tienen los suyos! ¡Oh Jerusalen, madre mía, recibe desde luego mi corazon, admíteme dentro de tí con el espíritu, para que á su tiempo me admitas con alma y cuerpo! ¡Oh Dios infinito! engéndrame por tu bondad, en el ser de hijo tuyo, conservando siempre en mí la gracia, para alcanzar la herencia de la gloria.

TERCER PUNTO, será considerar la gloria esencial del alma, que consiste en la vision y posesion del mismo Dios; de modo, que siendo Dios una simplísima sustancia, en ella verán los bienaventurados todas las cosas: así como ahora las criaturas son espejo, en que de alguna manera se ve la hermosura de Dios; allí será Dios espejo á nuestros ojos, música á nuestros oídos, miel á nuestro gusto, y bálsamo suavísimo á nuestro olfato. Allí estará todo lo que puede alegrar los sentidos y potencias de nuestra alma. Allí será Dios plenitud de luz á nuestro entendimiento, muchedumbre de paz á nuestra voluntad, y continuacion de eternidad á nuestra memoria. Estará el alma llena de Dios, hecha un Dios por participacion, penetrada de Dios, mas que el hierro suele penetrarse del fuego.

Alma mia! con esta consideracion, ¿cómo andas por la tierra de Egipto buscando pajas? ¿Cómo bebes en todos los charcos de agua turbia, dejando la vena de la felicidad, y la fuente de aguas vivas? ¿Cómo andas mendigando, y buscando á pedazos lo que hallarás recogido y aventajado en este todo? Levanta tu corazon al sumo Bien, donde hallarás todos los bienes.

Consideraré la gloria de las potencias del alma. La memoria entrará en las potencias del Señor, y se engolfará en el abismo de su divinidad. Tendrá siempre á Dios presente, sin ocuparse de otra cosa, ni acordarse de cosa que la pueda dar pena.

El entendimiento estará rebozando de gozo con la vista clara de la Divinidad y Trinidad. Verá claramente cara á cara á todo Dios; verá todas las divinas perfecciones y el oculto secreto de su santificacion; todo lo verá con sumo gozo y complacencia.

La voluntad estará unida con Dios, con union perpétua, contínua, entrañable; de este amor resultará un rio de deleites inefables, del cual beberá, se embriagará, y estará toda engolfada en los gozos de su Señor. Aquí exclamaré: ¡oh gloria mia, cuándo tengo de verte con tanta claridad, que satisfagas los desos de mi corazon! ¡Cuándo tendré tal limpieza de alma, que pueda ver tu Divino Rostro! Toma, Señor, todas mis potencias, y ocúpalas desde luego en lo que siempre han de hacer! Alma mia, emplea siempre tu memoria en mirarle, tu entendimiento en conocerle, tu voluntad en amarle, la lengua en bendecirle, los sentidos y miembros en obedecerle, para no apartarte jamás de tu Dios.

CUARTO PUNTO será, considerar la grandeza de la gloria del cuerpo bienaventurado, con sus cuatro dotes de gloria. La primera dote es de claridad. Cada uno resplandecerá, con admirable hermosura, mas que el sol, pero el mas bienaventurado más; y sobre todos, Cristo y su Madre Santísima.

La segunda dote es impasibilidad, é inmortalidad; nunca tendrá hambre, sed, dolor, enfermedad, ni recelo de muerte: ni aunque estuviera enmedio del fuego se quemara; ni se humedeciera, aunque penetrara rios y mares.

La tercera dote es agilidad ó ligereza, con la cual se podrá mover de una parte á otra, sin cansancio ni tardanza, con la velocidad de una centella ó rayo, discurriendo por el cielo empíreo á su gusto, ya al trono de Jesucristo, ya al de su Santísima Madre, ya al de los ángeles, ya al de los santos.

La cuarta dote es la sutileza ó espiritualidad; y así pasará sin comer, beber y dormir: penetrará los cielos y otro cualquiera cuerpo; y pasará por enmedio de una fortísima muralla, sin hallar impedimento.

Despues de considerado todo esto, esclamará: ¡Oh dichosas ignominias, cuyo fin es tanto resplandor! ¡Dichosas penalidades que causan ser tan impasible! ¡Dichosos trabajos que son premiados con tantos alivios! No igualan los padecimientos de esta vida á la gloria que esperamos en la otra. ¡Oh alma mia! anímate á traer á tu cuerpo la mortificacion de Jesucristo; pues tu cuerpo humillado, será conforme con el suyo glorificado. Abraza en tu carne sus dolores y tor-

mentos, pues tan inmensa es la gloria que recibirás por ellos.

Ponderaré la duracion de esta gloria, que no tendrá fin; porque despues de haber pasado tantos millones de años y de siglos, como estrellas tiene el cielo, gotas de agua el mar, arenas sus riberas, hojas los árboles, átomos el sol, empieza de nuevo la gloria, y despues de volver á pasar otros tantos millones de millones de siglos, vuelve á empezar y le parecerá al bienaventurado, que solo ha pasado un instante. En fin, durará por todos los siglos, mientras Dios fuere Dios.

Aquí esclamaré: ¡oh tierra dichosísima, donde el agua viva y la vista clara de la divinidad de Dios, y de la humanidad del Cordero Cristo Jesus, siempre mana, y siempre dura! ¡oh vida bienaventurada, donde el consuelo es tan eterno como la vida, y la vida tan eterna como el Consolador! Concluiré con un coloquio. ¡Oh Dios mio, Padre mio y todo mi bien! Pues me criaste para tí, haced que eternamente descanse en tí. Una sola cosa te pido, Señor, y esta buscaré siempre; y es, que more yo en tu casa todos los dias de mi vida; así lo suplico, así lo espero, así sea. Amen.

EJERCICIO OCTAVO.

DE LA PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

Para que las meditaciones pasadas se mezclen con la esperanza en la misericordia de Dios, en

la cual han de venir á parar, ponemos el ejercicio siguiente, que por esto, y porque dispone para la confesion, es sin duda de los que San Ignacio dejó libres en la primera semana á los directores.

La oracion preparatoria, la acostumbrada. La composicion de lugar, será figurarme un jóven estenuado, descalzo y desnudo, que se está bajo de una encina, guardando puercos, llorando y suspirando de verse en aquel estado. Pediré al Señor, que pues nos enseñó por su propia boca esta parábola, me dé á sentir la confianza en su misericordia, y todo lo demás que nos quiso dar á conocer en ella.

PRIMER PUNTO. Hubo, dice Cristo, dos hijos: de los cuales el mas mozo se fué á su Padre, y pidiéndole la parte de la herencia que le tocaba, dentro de pocos dias partió con ella á una region muy apartada, en donde disipó cuanto tenia, viviendo mal. Debo considerar que este hijo soy yo, y aquel Padre es Dios, quien, sin pedírselo, ni podérselo aun pedir, me ha dado aquella parte de bienes, que como á hombre racional é hijo suyo me pertenecia. Me ha dado un fin tan noble, como es servirle y gozarle: me ha dado esta alma y cuerpo con sus potencias, libertad y sentidos: me ha dado salud y bienes externos, mas que á otros: me ha dado los méritos de Jesucristo para que me los aplique: me ha dado sacramentos, auxilios, avisos, estado, etc.; mas yo ingrato desde mis primeros años me aparté de mi Padre, y todo lo he mal gastado. ¡Oh cuán léjos he vivido de Dios, sin pensar en él ni amarle! ¡Oh cuánto he desperdiciado hasta ahora de aquella tan gran hacienda! Y fuera esto aun poco, si de mis potencias, sentidos y otros socorros que me habia dado mi Padre, no hubiere hecho armas para ofenderle. Iré discurriendo sobre cada una de estas cosas en particular, y aplicándomelas, segun hubiere sido mi vida, me confundiré y doleré mucho.

SEGUNDO PUNTO. Habiendo este hijo pródigo desperdiciado toda su hacienda, sucedió una grande hambre en aquella region; por lo cual empezó á tener necesidad; y para socorrerla buscó un amo que le envió á guardar los puercos de su heredad; y le trató tan mal, que el miserable deseaba saciarse, por lo menos, con las bellotas con que aquellos animales se sustentaban, mas ninguno le ofrecia. Ponderaré en este caso, el retrato de los que dejan á Dios por vivir en la region de su propia voluntad, en la cual no puede faltar una grande hambre y carestía de todo mantenimiento sólido del alma; carestía de merecimientos y buenas obras; carestía de la gracia de Dios; carestía de consuelos divinos; carestía de la paz interior, y tan gran pobreza, que ni una sola moneda corre en aquella region de las que pasan en el cielo. Con esto, los miserables han de tomar un amo; y este es el apetito sensitivo, que, rebelde á la razon, les ocupa de noche y de dia en apacentar sus pasiones con los manjares inmundos de los gustos prohibidos; y de estos desean los miserables hartarse; pero no pueden, porque no son connaturales á la nobleza de nuestras almas, por lo que quedan siempre inquietos y hambrientos. Aquel amo significa tambien el demonio que así trata á los

que le sirven; y le sirven todos los que pecan mortalmente.

TERCER PUNTO. En medio de estas miserias volvió en sí el hijo pródigo, y dijo interiormente: ¡ah! á cuántos criados y jornaleros en casa mi padre les sobran los panes enteros, y yo aquí me muero de hambre: me levantaré, pues, é iré á mi Padre y le diré: padre, pequé contra el cielo y contra vos, ya no soy digno de ser llamado hijo vuestro, tratadme como á uno de vuestros criados: y levantándose volvió á su padre. Acerca de esto debo reflexionar: lo primero, que las miserias en que él hijo estaba, le hicieron abrir los ojos: pues ¿por qué no á mí las mias? Lo segundo, que para dejar aquella vida tan miserable, le fué gran motivo la felicidad de los que estaban en casa de su padre; pues ¿cuánta es la felicidad de los que estando en gracia de Dios, le sirven y confian en él como Padre, alegres con el testimonio de la buena conciencia, que como dice la Escritura, es un contínuo banquete? Tercero, la resolucion que tomó y ejecutó luego, de levantarse é ir á ponerse en la amistad y servicio de su buen padre, no la dilató un solo dia: no se quiso tomar tiempo para despedirse de su mal amo: no quiso ver primero los amigos que habia hecho en aquella tierra; porque á la verdad ninguno lo era, y todos habian cooperado á su perdicion. Estas tres cosas las ponderaré y sacaré algun fruto.

CUARTO PUNTO. El padre del hijo pródigo, estando aun él léjos lo vió, y movido de misericordia salió corriendo á abrazarlo y besarlo. Díjole el hijo: padre, pequé contra el cielo y contra

vos, ya no soy digno de ser llamado hijo vuestro: mas el padre, sin darle en rostro con su culpa, mandó á sus criados le vistieran luego de gala, y como á hijo suyo. Hizo despues un convite espléndido, y dando la razon de la fiesta, dice: este hijo mio habia muerto, y ha vuelto á vivir: habia perecido, y ahora lo hemos encontrado. Debo discurrir en particular sobre cada una de las demostraciones que hizo el padre con su hijo arrepentido, y aplicarlas á las que hace Dios con cualquier pecador, si de veras le pide perdon; porque le recibe con el brazo de sus consuelos, le perdona y no se acuerda mas de sus culpas, le cambia los antiguos andrajos de sus vicios, con la preciosa vestidura de la gracia, manda que se haga fiesta en el cielo; y todo por el amor que nos tiene. Consuélate, pues, alma mia, y aunque hayas pecado, échate á los piés de tu Padre, que te recibirá muy benigno: y, sobre todo, aprende á no apartarte más de el.

Acabaré con un coloquio á Nuestro Señor, actuándome mucho en el dolor de mis pecados, propósito de la enmienda, y confianza en la bondad de Dios, que no permitirá mi perdicion. Remataré con un *Pater noster.*

EJERCICIO NOVENO.

DE LA CONQUISTA DEL REINO DE CRISTO.

Así como envió Dios á Moisés á Egipto, no solo para que sacase al pueblo de Israel del

cautiverio de Faraon, redimiéndolo con tantos prodigios, sino para que con su doctrina y ejemplo le encaminase por el desierto de palestina á la tierra prometida; así tambien envió á su Unigénito Hijo Cristo Señor nuestro á este mundo, no solo para que sacase á los hombres del cautiverio de Satanás, redimiéndolos con su Sangre y muerte prodigiosa, sino para que con su doctrina y ejemplo los encaminase por el desierto de esta vida al cielo prometido; y para mejor acierto de este viage, inspiró á San Ignacio estos ejercicios; porque en la primera Semana de ellos (que corresponde á la Via purgativa) se nos enseña, cómo hemos de salir del cautiverio de Satanás por medio de la verdadera penitencia de los pecados; y en la segunda y tercera (que corresponde á la Via Iluminativa) cómo hemos de caminar en seguimiento de Cristo, para conseguir la union con Dios, que en esta vida puede alcanzarse, (de que se trata en la cuarta semana, correspondiente á la Via Unitiva) y despues, con seguridad y muchas ventajas, la gloria eterna que nos está prometida

Viniendo, pues, á la segunda semana: en este ejercicio, reducirémos á cuatro puntos, cuatro meditaciones, que San Ignacio en ella puso entre otras de la Vida de Cristo, y son como los nervios de toda ella.

La oracion preparatoria será la de siempre. La composicion de lugar, considerar á Cristo Nuestro Señor, cómo anduvo los tres años últimos de su vida predicando por las ciudades, villas y sinagogas, enseñando á todos con palabras y ejemplos el camino del cielo. La peticion,

pedirle que no me haga yo sordo á su llamamiento, sino que con toda resolucion le siga é imite perfectamente.

El primer punto: considerar, lo primero, un rey temporal, elegido de Dios, á quien obedecen todos los cristianos, y dotado con todas las dotes y gracias que se pueden pensar, sábio, prudente, poderoso, esforzado, magnífico, desinteresado, amador de sus vasallos, y que no desea ni busca otra cosa mas que el provecho de ellos; y que habiéndolos llamado á su presencia, les dice así: vasallos mios, mi voluntad es conquistar toda la tierra de infieles, en la cual conquista deseo que todos me sigais, en la inteligencia de que yo tengo de ir adelante, y ser el primero en todos los trabajos de la guerra, en las vigilias de la noche y ardores del dia, en el cansancio, hambre ó sed, y en recibir los golpes del enemigo; y nada de los despojos de la victoria quiero para mí, todos se han de repartir entre vosotros, tocándole á cada uno tanta mayor parte de ellos, cuanto mas de cerca me siguiere, y mas me imitare. ¿Qué seria bien respondiesen los buenos vasallos á proposicion semejante de semejante rey? Todos sin duda con gran prontitud se ofrecerian á seguirle en empresa tal: y si alguno lo dejase de hacer así, seria vituperado del mundo y tenido por ruin, infame y perverso caballero.

A semejanza de este rey temporal, hemos de considerar al Rey eterno Cristo Nuestro Señor, Unigénito del Padre y Dios verdadero, y así, tan bueno como él, y con los mismos atributos y per-

fecciones; y que baja del cielo convidando á todos los hombres á que le sigan en la conquista del reino eterno de la gloria, que para ellos pretende conquistar, siendo él el primero en todos los trabajos de la pelea, y en recibir los golpes del enemigo, y no queriendo para sí nada de los despojos de la victoria, sino para repartirlos entre sus vasallos, dando á cada cual tanto mas, cuanto mas de cerca le siguiere y mejor le imitare. ¿Cómo debe responder y corresponder cualquiera cristiano á tal Rey y á tal peticion? Ninguno que tuviere juicio y razon, dejará de ofrecerse con toda prontitud y ánsia á seguirle lo mas de cerca que pudiere en esta conquista; porque si fuera tan ageno de razon, y vituperable el no seguir á aquel Rey temporal en la conquista de un reino terreno, ¿cuán ageno de razon, y cuán vituperable será el no seguir á este Rey eterno en la conquista del reino celestial? Convencido, pues, con este argumento, me tengo de resolver á seguir á Cristo lo mas de cerca que pudiere, la cual resolucion es el fruto que tengo de sacar de este punto.

EL SEGUNDO PUNTO será, considerar dos capitanes en todo opuestos, Lucifer y Cristo; y que cada cual llama y quiere que se alisten los hombres debajo de su bandera. A Lucifer consideraré en el campo de Babilonia, que significa confusion, subido en una gran cátedra de fuego, en figura horrible y espantosa, despidiendo de sí mucho humo y chispas; y que con voz desmedida y desentonada llama á todos los demonios, y les dice: soldados mios, mi voluntad es que traigamos á todos los hombres á nuestro

reino; y así esparcíos por todo el mundo á echar redes y lazos, sin dejar ninguno á quien no tenteis: lo primero, con la codicia y apetito de las riquezas: lo segundo, con el apetito de las honras; y lo tercero con la soberbia de la vida, trayéndolos por aquí á la lujuria y á los demás vicios.

Por el contrario, consideraré á Cristo nuestro Señor en el campo de Jerusalen, que significa vision de paz, en un lugar humilde, con un rostro apacible y amoroso, y que con voz blanda y suave llama á todos sus cristianos, y les dice: que se esparzan por el mundo, y exhorten á todos á lo contrario que los demonios, es á saber: al desprecio de las riquezas, y amor de la pobreza; al desprecio de las honras y amor de los oprobios y afrentas; y la humildad de corazon que de ahí se sigue, trayéndolos por estos tres escalones á las demás virtudes.

Por esta consideracion: lo primero, se nos da á entender en particular, cual es la guerra en que hemos de seguir á Cristo nuestro Capitan, y qué enemigos son con los que hemos de pelear: que no son otros, sino nuestros apetitos desordenados de riquezas, de honras y puestos altos, deleites y regalos: porque aunque se cuentan por enemigos de nuestra alma, mundo, demonio y carne; pero el mundo y demonio, no pelean contra nosotros con otras armas, sino con las de nuestros apetitos carnales, de riquezas, de honras y de deleites; y así, vencidos estos apetitos, quedan todos nuestros enemigos vencidos.

Lo segundo, se nos descubren dos reglas de discernir espíritus que San Ignacio puso despues

con las demas, por las cuales conoceremos de qué espíritu nace el movimiento interior que se siente en el alma: porque si este viene con inquietud, turbacion y oscuridad, argumento es, que nace del mal espíritu, que eso significa aquella humareda é inquietud con que consideramos á Lucifer en aquella cátedra de fuego. Pero si por el contrario, viene con sociego, paz, quietud y luz interior: argumento es que nace de buen espíritu, significado por el semblante apacible con que consideramos á Cristo. Asimismo, si el movimiento interior nos inclina á bienes terrenos, riquezas, honras y regalos, del mal espíritu se origina. Como por el contrario del bueno, cuando nos inclina al desprecio de todos los bienes del mundo, y aprecio de los celestiales, ó de las virtudes conque se alcanzan.

Aquí, pues soy cristiano, y como tal, alistado por el bautismo debajo de la bandera de Cristo, volviendo los ojos atrás tengo de examinar: ¿cómo he peleado á imitacion suya en esta conquista del cielo contra los tres eneminos á quienes se hace esta guerra: apetito de riquezas, apetito de honras, y apetito de deleites? ¿Cómo he guardado las leyes de la milicia, nunca volviendo las espaldas, siendo el primero en los mayores peligros, exponiéndome á los golpes contrarios, por librar de ellos á mi Rey? ¡Oh cuánto hallaré aquí de que confundirme! ¡Oh cuánto por qué temer, que no he de alcanzar parte de los despojos, sino en lugar suyo, grave afrenta y castigo! Porque si en la guerra temporal fuera digno de grave castigo y afrenta el soldado, que al tiempo de acometer volviese las espaldas y

huyese; y mucho mas, si en vez de defender á su rey, volviese las armas contra él, haciéndose de la parte del enemigo; yo, que tantas veces en esta espiritual milicia he vuelto las espaldas á los mios, cuantas me he dejado llevar de los apetitos de honras, deleites y riquezas, y tantas he vuelto las armas contra mi Rey, cuantas en seguimiento de ellos he pecado, ¿qué espero, y con qué cara llegaré yo delante del tribunal tremendo de mi Rey y mi Juez, al tiempo de dividirse los despojos de la victoria (que es el de la muerte), pidiendo que se me dé parte de ellos, sabiendo que tiene dicho el Apóstol: no será coronado sino el que peleare legítimamente; esto es, guardando las leyes de la milicia?

El tetcer punto, considerar tres clases de hombres, ó tres hombres, que habiendo adquirido cada cual diez mil ducados, todos desean salvarse y hallar paz en su alma, quitando el afecto desordenado de la riqueza adquirida, pero con esta diferencia: que el primero va dilatando el poner los medios hasta la hora de la muerte; el segundo pone algunos, pero determinado siempre á no dejar sus diez mil ducados, sino servir con ellos á Dios; el tercero está indiferente á retenerlos ó dejarlos, como Dios le diere á entender será de su mayor servicio. De estos tres; el primero, expuesto está á perder el fin por falta de ejecucion de los medios; el segundo, pervierte el órden, queriendo que el fin se acomode al medio, y no al contrario; el tercero está en la disposicion debida, y á este tengo de imitar, si quiero vencer el apetito desordenado de cualquier bien temporal, poniéndome

totalmente indiferente á tomarle ó dejarle, segun hallare ser mas conveniente para el servicio divino y consecucion de mi último fin.

El cuarto punto: considerar tres grados de humildad ó tres estados de virtud. El primero, de aquellos que no harán un pecado mortal por cuanto hay en el mundo, ni por la propia vida: El segundo, de aquellos que se hallan ya tan indiferentes á tener ó no tener cualquier bien temporal, que por ninguno, ni aun por la vida propia, harán un pecado venial advertidamente. El tercero, que incluye esos otros dos, de aquellos que hallando igual gloria de Dios en tener ó no tener algun bien de la tierra, por mas imitar á Cristo nuestro Señor, eligen antes pobreza que riqueza; antes deshonra, que honra; y antes dolores que regalos. Este es el sumo grado de perfeccion á que debo aspirar, y á donde, como por los escalones, por los puntos de este ejercicio me sube San Ignacio. El cual finalmente me aconseja, que para llegar á él, ayuda mucho en cualquier caso de duda, pedir á Dios en la oracion que me conceda lo que es mas contrario á mi sensualidad, como pobreza, deshonra, dolores y trabajos, para mejor asemejarme á Cristo nuestro Señor y Maestro, vistiéndome de su vestidura y libréa, pues la vistió él para mayor aprovechamiento nuestro espiritual, dándonos ejemplo para que en todas las cosas, á nosotros posibles le queramos imitar y seguir, pues él es el camino que lleva á los hombres á la vida. Aquí haré tres coloquios; uno á nuestra Señora, pidiéndole me alcance esta perfecta imitacion de su Hijo; otro al Hijo y otro al Padre, pidiéndo-

les me otorguen lo mismo; acabando el primero con el *Ave María:* el segundo con el *Anima Christi;* y el tercero con el *Pater noster.*

Aquí es de advertir, que los cuatro puntos de este ejercicio, con el órden que están puestos, son como otros tantos grados por donde N. P. S. Ignacio, con maravilloso magisterio, sube al ejercitante á aquella perfecta disposicion de ánimo, que debe tener para hacer buenas y sanas elecciones en todas las cosas y acciones, que caen bajo de su libertad, de la manera que se dirá en el siguiente ejercicio.

EJERCICIO DECIMO

DE LA SANA Y BUENA ELECCION.

Esta diferencia hay entre el hombre y las béstias, que estas se rigen por pasion ó apetito natural; pero el hombre, á título de racional, se debe regir solamente por la razon en todas las acciones y cosas que caen bajo su libertad. Y porque en el cristiano, en quien se supone la fé, la razon dicta que puestos los ojos y la intencion en el fin para que fué criado, solo aquello abrace, que mas le ha de ayudar á conseguirle; y consiguientemente, que nada abrace de lo que es malo, porque esto antes estorba, y de lo que es bueno abrace siempre lo mejor, que es lo que mas ayuda; de aquí es, que en todo buen cristiano debe haber firme resolucion de huir siempre lo que fuere malo; y de lo bueno, abrazar